

A LA MUSICA

I

Tras largo y doloroso alejamiento,
Aun rebosante el pecho en amargura,
Vuelvo otra vez, con mano mal segura,
A recorrer armónico instrumento.

Tímido y vago, oh Música, tu acento,
Va despertando con genial dulzura,
Y á sus halagos íntimos, frescura
Recibe y suavidad mi pensamiento.

Hoy tus lentas y hermosas melodías
No renuevan los goces de otros días,
Ni horas me ofrecen de placer tan bellas.

Con voz que hace el silencio más sonora,
A mi alma triste y pensativa ahora,
Más hondamente la conmueven ellas.

II

Y avivan un recuerdo bendecido,
A cuyo influjo frágiles cadenas
Rompe el llanto, y, en lágrimas serenas,
Largas doy al dolor que me ha rendido.

Llora mi corazón el bien perdido,
Y atropelladas por mis graves penas,
Tus raudas notas, resonando llenas,
Parecen prolongarse en un gemido.

Mas luégo tu raudal resbala manso,
Como las turbias ondas del torrente
Adormecidas por el valle ameno ;

Y en su corriente plácida descanso
Mi espíritu abatido, cual la frente
Descansa el niño en el materno seno.

III

Ya en la vida mortal no me acompaña
La que con tierno afán, yo adolescente,
Solicita guióme en el paciente
Y dulce estudio de tu lengua extraña.

El claro sol de mi memoria baña
Su imagen, animándola en mi mente,
Y oigo en tu voz su voz, que suavemente
Me alienta, y me consuela, y no me engaña.

Cuando llegó la muerte, "Mis lecciones
No olvides, ni la música abandones,"
Me dijo, ya sin fuerzas y anhelante.

Y cesando de pronto su agonía,
Los preludios de célica armonía
Llenaron su alma en el postrer instante.

IV

En breve espacio su preciosa vida
Helado soplo marchitó, y al cielo
Su alma triunfante dirigiendo el vuelo,
Sube, del manto de virtud vestida.

Mas no del valle del dolor se olvida,
Ni goza ajena á nuestro mustio duelo ;
Antes, volviendo su mirada al suelo,
Mide el peligro y nuestros pasos cuida.

Y cuántas veces á mis puertas llama
Si agitado por dudas y tormentos,
Sufro en silencio y desfallezco acaso !

"A ti descende su recuerdo," exclama
La turba de revueltos pensamientos,
Y ordena el corazón : "Abridle paso."

V

Oh Música inmortal, yo te bendigo !
Como un rayo de luz, en la sombría
Y muda soledad que le abatía,
Llegó á mi corazón tu acento amigo.

Y escuchándole, á solas sin testigo,
En esta noche tormentosa y fría,
Sacude él su letargo, y cual solía,
Sus sueños vuelve á consultar contigo.

Ya le dominas con tu hechizo santo,
Y es al gozarte su emoción tan viva
Cuanto al perderte intenso fue su duelo ;

Ya, electrizadas al oír tu canto,
Muéstrase la ilusión menos esquiva,
Y ensayar osa la esperanza el vuelo.

VI

Oh secreto poder de aqueste acento
Que manso viene á acariciar mi oído,
Animador del mágico instrumento
De los grandes poetas del sonido !

Aroma de la flor del sentimiento,
Que perfumando el alma y el sentido,
Amortigua y serena el sufrimiento
En el humano corazón herido !

Oh voz de lo alto, mensajera alada,
Que al cautivo, al proscrito, al moribundo
Ánimo infunde y vida renovada ;

Que descende á quien yace en el profundo
Seno de la miseria, y le traslada
A plácida región lejos del mundo !

VII

Quién no ha sentido, en horas de quebranto,
Disiparse de pronto fieros males,
Oyendo errantes notas de aquel canto
Que nos sabe á caricias maternas?

Quién no se vuelve derramando llanto
Al Padre y Redentor de los mortales,
Si en graves tonos de inefable encanto
Recibe sus promesas eternas?

Jamás, jamás la humanidad doliente
En vano en sus congojas ha acudido
A la virtud calmante de tus voces;

Que tú, para endulzarnos lo presente,
Ecos renuevas del Edén perdido,
Y anuncios traes de inmortales goces.

VIII

Qué playa ó selva ó mísera morada
De tu favor el beneficio ignora,
Si, como al sol su lumbre bienhechora,
Doquier tus dones derramar te agrada!

En endechas el ave en la enramada
Tus notas vierte al apuntar la aurora,
Y en murmurios el aura halagadora,
Y en rumorosos ecos la cascada.

Fuera la tempestad rayos fulmina
Con que, rasgando el aire que respiro,
Acordes en los ámbitos combina;

Y uniéndose al concierto, de tu escala
Vibra la última nota en el suspiro
Que libre de pesar, mi pecho exhala.

IX

Ruedan las horas. La gentil estrella
Que, vecina del sol, arde en su llama,
Ya en el confín profundo que se inflama,
Con trémulo fulgor su luz destella.

Y en pos dejando vividora huella,
Todavía tu voz suspira y clama,
Y en límpidas cadencias se derrama,
Con magia á un tiempo dolorosa y bella.

Mudos los labios, el oído atento,
Al cielo vuelta la mirada errante,
Sumido estoy en hondo arrobamiento;

Y dormiré mientras tu voz vibrante,
Que hace de un siglo el paso de un momento,
Guardando el sueño de mi vida, cante.

VÍCTOR E. CARO

APUNTES SOBRE EL POETA PRUDENCIO (I)

II

(Continuación)

No subsisten pormenores sobre los postreros días del insigne vate que celebró la epopeya del martirio é hizo reverdecir y cubrirse de nuevos frutos el árbol ya gastado de la literatura romana. No satisfecho acaso su amor á la

(1) Creímos poder terminar la publicación de este ensayo en el presente número, y por eso pusimos al fin del artículo anterior *Concluirá*. Circunstancias ajenas á nuestro querer, nos obligan á dejar el fin de este escrito para uno ó varios números del año que viene.

Al pie de la página 566, copiamos un epigrama, relativo á los estenógrafos romanos. Lo citamos, por error, como de Juvenal, epigr. 184, libro XIII.

Pertenece en realidad á Marcial, libro XIV, 208.